

EL BINOMIO ECONOMÍA Y PODER. LOS KENNEDY, AUGE Y CAÍDA DE UNA SAGA FAMILIAR NORTEAMERICANA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Fabián Estapé Rodríguez

El 25 de agosto de 2009, con la muerte de “el León del Senado”, Edward Moore Kennedy (Ted), se ha ido el último varón de una dinastía político-financiera que ha fascinado a Estados Unidos y al mundo entero durante más de medio siglo desde que dos irlandeses llegasen a Boston huyendo, como otros tantos compatriotas, de la hambruna de la patata y uno de sus descendientes Joseph P. Kennedy, se convirtiera en un multimillonario, que se empeñó en que, si él no podía llegar a serlo, al menos uno de sus hijos fuera el primer presidente católico de Estados Unidos.

Desde hace años, concretamente desde 1974, he consagrado muchas horas robadas al ocio a tratar de comprender los diversos rumbos (el ascenso, la gloria y la agonía), que han jalonado la vida de esta estirpe con insondables implicaciones en la trayectoria económica y el gobierno de una nación tan particular como los Estados Unidos; una de las familias más famosas de uno y de otro lado del océano Atlántico. Veamos cómo exponer el tema de la forma más sucinta posible, sin dejar cabos sueltos.

En principio, habría que hablar de las aventuras, casi fabulosas, de un norteamericano “católico”, descendiente de aquellos afanosos irlandeses que emigraron de su país hartos de luchar para disponer, circunstancialmente, al menos una vez al día, de algo que llevarse a la boca. Y estos irlandeses que llegaron, a mediados de 1840, cargados de sueños, no tardaron en adentrarse y escalar en las capas sociales de Boston. Tanto ellos como sus descendientes, sin duda, fueron personas extraordinariamente dispuestas para hacer dinero; es decir, multiplicar los “billetes

verdes” que han marcado en “la tierra de provisión” las rutas del éxito y que abrían a su progenie la senda del poder político.

Pues bien, el primer *zōon politikón*, la primera piedra, de esta saga fue Joseph “Joe” Patrick Kennedy (1888-1969) que devino en potentado (con negocios e intereses económicos por toda la nación) y en “figura” relevante en el Partido Demócrata.

Joseph P. Kennedy nació en Boston, Massachusetts, hijo de Patrick J. Kennedy, un empresario exitoso (gracias a su comercio de licores) y uno de los dirigentes de la comunidad irlandesa en Estados Unidos. Joe creció en un hogar acomodado, pero en un ambiente sectario en el que los católicos-irlandeses se sentían relegados de los estratos altos de la sociedad. Cursó estudios en el colegio público de mayor prestigio de su ciudad, el *Latin School*, donde no destacó como estudiante, pero sí como cabecilla de grupo (fue muy popular entre sus compañeros de clase y de equipo de baseball). Posteriormente, acudió al Harvard College donde se convirtió en un verdadero líder. Se casó, muy acertadamente para sus propósitos, con Rose Fitzgerald, la hija menor de John Fitzgerald (*Honey Fitz*), una prominente figura de Boston (congresista y alcalde demócrata de su ciudad). Tras ser afianzado por su suegro en las altas esferas políticas, su ambición de poder progresó más deprisa, al mismo ritmo al que crecían sus negocios y su familia (con 25 años, se había convertido en el presidente de banco más joven de Estados Unidos, un puesto ganado al evitar una absorción de la entidad en la que trabajaba, el Columbia Trust Bank. De aquí pasó a la correduría Hayden, Stone & Co y, posteriormente, se hizo dueño de su propia firma de inversión. Cuando se produjo el crack del 29, no sólo salió indemne, sino que se enriqueció; pues su patrimonio pasó de 4 millones de dólares en 1929 a 180 en 1935. Jugó un importante papel en la industria cinematográfica, consiguiendo que los magantes de Wall Street participaran en el paso del cine mudo al sonoro... Mientras tanto, engendró nueve hijos).

La imagen forjada con tesón por el patriarca de hombre consagrado a los suyos y con buen tino para sus “honrados” negocios, distaba mucho de la realidad pues el “hombre de familia”, como gustaba definirse, desatendía regularmente a su progenie por sus *affaires* en Hollywood y aquellos negocios en los que forjó su fortuna rozaron, si no rebasaron, los límites de la legalidad (se aprovechó del mercado de valores, se lucró con la importación de alcohol,...). Si bien esto era *vox populi*, paradójicamente, Kennedy contaba con la “confianza” de Roosevelt, que en 1934 le ofreció la presidencia de la Securities and Exchange Commission (la agencia que regula y vela por la legalidad del mercado de valores). Pero, cuando le preguntaron al presidente por qué escogía a alguien con tan pocos escrúpulos para el cargo, la respuesta fue contundente: “*It takes one to catch one*”, quizá por ello, Joe hizo una excelente labor.

En 1938, Roosevelt, que a pesar de todo miraba con recelo el creciente poder y las ambiciones del patriarca Kennedy (sobre todo cuando le insinuaron que su primogénito podía llegar a ser candidato a la Presidencia), maquiavélicamente, resolvió enviarlo lejos, a Londres, como embajador en el Reino Unido. Desde su privilegiado puesto, intuyó que el estallido de la guerra en España en julio de 1936, podía ser el detonante de otra contienda mundial (sobre todo con la paulatina intervención de la URSS); por ello, no dudó en enviar a sus hijos mayores para que recabasen datos fidedignos (que contrarrestasen la información partidista de su gobierno) sobre los ideales de cada bando y las repercusiones que podía tener para EE.UU. que uno u otro ganase la guerra. Sin embargo, sus afanes políticos para llegar a la presidencia de Estados Unidos fracasaron por las diferencias con Roosevelt que empezaron con el apoyo del gobierno al ejecutivo republicano español y se acrecentaron con la postura adoptada en la Segunda Guerra Mundial. A pesar de la confianza que se había depositado en él, sin saberlo, poco a poco, el embajador Joe Kennedy estaba destruyendo su reto: conseguir el poder político; pues se puso del lado de los partidarios del apaciguamiento frente a Alemania (incluso intentó entrevistarse personalmente con Hitler), dejó claro su antisemitismo y, presuntamente, brindó apoyo a Joseph McCarthy y su *caza de brujas*, algo tan contrario al ideario demócrata que defendía. El escándalo fue tal que Joe Kennedy presentó su dimisión para centrarse en otras carreras: la de sus hijos. Tuvo la consciencia de que, si quería llevar a buen puerto su homérica empresa, ver a un Kennedy en la Casa Blanca, debía retirarse a un segundo plano. De todos modos, hasta que llegó su hora en 1969, desde la sombra, hizo muy bien su trabajo: utilizar sus contactos, sellar alianzas, recaudar fondos,... todo lo que estuviera a su alcance, incluso arriesgar la vida de sus hijos, para conseguir un objetivo que se volvió casi en enfermizo.

En diciembre de 1961, una apoplejía le privó del habla y dejó paralizado el lado derecho de su cuerpo, no obstante, en enero de ese mismo año ya había visto cumplir su gran meta política en su hijo John Fitzgerald y, a pesar de que en el momento de su muerte, su fortuna se estimaba en 500 millones de dólares, el patriarca de los Kennedy también había visto morir, trágicamente, a cuatro de sus nueve hijos, había visto menguar su mayor capital.

“Tu madre se moriría si supiera que Joe está en Madrid...” con esta escueta frase el cabeza de familia, contó a una de sus hijas el viaje a España, en plena Guerra Civil, de su primogénito y predilecto. A pesar de su corta vida, merece la pena detenerse en la figura Joseph Patrick Kennedy y el papel político que jugó en un momento crucial de la historia. Joe Jr. llegó a Barcelona el 26 de enero de 1939, cuando las tropas de los generales Solchaga y Yagüe entraron victoriosas en la ciudad. Días después, utilizando los contactos paternos, embarcó en un destructor británico que le llevó hasta Valencia (aún en poder de los republicanos), desde donde las autoridades le ayudaron a llegar a Madrid. En la capital, reciente aún el golpe de Estado del coronel Casado, estuvo a punto de perder la vida tras ser detenido

en plena calle por un grupo de milicianos que le hubiesen ejecutado si no hubiera exhibido su pasaporte diplomático, acompañado de un providencial salvoconducto que le acreditaba, además, como agregado de prensa del embajador de EE.UU. en París (William C. Bullitt) y, por supuesto, un buen fajo de dólares. Muy pocos supieron entonces que el primogénito de los Kennedy se entrevistó en secreto con Manuel Valdés, un miembro relevante de la Quinta Columna de Franco y el único representante de la antigua Junta Política de Falange Española que permanecía en Madrid. Su estancia se prolongó tres meses durante los cuales recorrió varios lugares más del país.

Antes de viajar a la Península como “informador” para el patriarca, Joe Jr., ya había mostrado interés por el tema de la Guerra Civil, como demuestra que lo eligiese para desarrollar su tesis doctoral. Bajo el título *Intervention in Spain*, el mayor de los Kennedy analizó las ventajas e inconvenientes para EE.UU. de una hipotética intervención extranjera en España. En este trabajo que recibió la calificación de Sobresaliente Cum Laude, abogaba por la neutralidad estricta de su país, rechazando la intervención crediticia y financiera; dejando traslucir, sin embargo, su postura personal; pues la no intervención en la contienda se basaba en que el gobierno estadounidense sólo reconocía y aceptaba como jefe de Estado legítimo a Manuel Azaña y como primer ministro a Juan Negrín.

Joseph Jr. estaba destinado a cumplir el sueño de su padre y ser el primer presidente católico de Norteamérica; no obstante, se convirtió en el primer miembro de la dinastía Kennedy que moría prematuramente (Piloto del *U.S. Navy Liberator*, en 1944, fue encargado de realizar una misión especial, destruir una de las armas secretas más mortíferas de Hitler que estaban provocando el terror y la destrucción en Londres, pero falleció cuando su avión explotó accidentalmente en pleno vuelo sobre Gran Bretaña, en una temeraria travesía que nunca debió iniciar...) Pese a todo, le habían educado sólo para vencer.

Su hermano, John Fitzgerald Kennedy, quien constituía un importante “recambio” en el escalafón, siguió también los designios paternos y viajó a España (con tan sólo 19 años estuvo en Madrid, al principio de la guerra), intentando con ello responder a dos grandes interrogantes: si las tropas extranjeras fueran retiradas, ¿qué oportunidad de vencer tendría Franco?; y, si Franco triunfase, ¿en qué medida debería su victoria a la ayuda de Hitler y Mussolini?. Curiosamente, a pesar de la influencia familiar, inicialmente, el joven se sentía más próximo al gobierno de Azaña pues en una carta enviada a su padre le expuso: “Aunque considero que sería quizá mucho mejor para España que Franco triunfase —porque esto devolvería al país unidad y fortaleza—, al principio era el Gobierno quien tenía moralmente razón”. Y es que la lectura del libro *Inside Europe*, del periodista norteamericano John Gunther, le había despertado ciertas simpatías por el bando republicano; sin embargo, tras conocer los excesos cometidos, admitió que éstos le habían “apartado

un tanto del Gobierno”. Es llamativo que fuera la contemplación de una corrida de toros lo que convenciera al jovencísimo Kennedy “de la veracidad de las atrocidades, porque esta gente del Sur son felices con las escenas crueles. Consideran divertido contemplar al caballo abandonado en el ruedo con sus intestinos colgando...”.

Una segunda estancia del “hijo del embajador de EE.UU. en Gran Bretaña” en España se produjo entre el verano y el otoño de 1938, cuando tenía lugar la batalla del Ebro, y a pesar de que las cámaras de la época lograron inmortalizar una instantánea de un joven trajeado y bien parecido junto al Presidente de la India Jawaharlal Nehru y su hija, Indira Gandhi (de visita en Barcelona invitados como representantes del Congreso Nacional indio), y de que J.F.K. fuera recibido por el presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, por el presidente de la Generalitat, Lluís Companys, y por el alcalde de la ciudad, Hilari Salvadó, su visita pasó totalmente desapercibida.

Si bien ya he dado cuenta de ello en alguno de mis trabajos, quiero señalar que las cartas y diarios de ambos hermanos constituyeron una información de primera mano sobre la contienda española, a la vez que un interesante análisis sobre las repercusiones de su desenlace en los intereses estratégicos de EE.UU. (a largo plazo) y, por supuesto, en los planes y maquinaciones del patriarca a quien vaticinaron que en un futuro no muy lejano era posible que los Estados Unidos tuvieran algunos asuntos e intereses que tratar en España; por lo que no estaba de más establecer relaciones con quien iba a mandar en el futuro, es decir, Francisco Franco. Aunque intenciones no me han faltado, no he llegado a difundir con la profusión que se merece esta consideración visionaria hecha por los jóvenes Kennedy, y ello a pesar de que en cierta ocasión escribí a mi colega, el economista John Kenneth Galbraith (gran conocedor de la familia), para averiguar si Ted Kennedy estaría dispuesto a que hiciera público estos dictámenes de sus hermanos. Mi amigo, Galbraith, me respondió enseguida que no era “conveniente”, porque no entraba en sus planes dar una “alegría a Franco”, y, pensándolo bien, en los míos tampoco...

Muerto Joe Jr., los denuedos del jefe del clan, se centraron en el segundo de sus hijos John Fitzgerald, el mismo que, cuando se graduó en 1935, recibió entre sus compañeros y profesores el sobrenombre de “el que tiene más probabilidades de llegar a Presidente”. Hasta después de la guerra J.F.K. tampoco había pensado en dedicarse a la política. Sin embargo, al fallecer su hermano mayor, Joseph P., Jr., las esperanzas se volvieron hacia él y no podía defraudar a un padre que les recordaba constantemente: “No queremos perdedores aquí, queremos ganadores”. “Llegar segundo no basta. Lo importante es ganar, no llegar segundo —eso no cuenta—, sino ganar, ganar, ganar”.

Aparte de enviarle a recorrer varios países (bajo el pretexto de que recabase información para su tesis doctoral), el patriarca le convenció para que publi-

case su trabajo: *¿Por qué Inglaterra se durmió? (Why England Slept)*, que se convirtió en un libro superventas, con el que J.F. Kennedy se abrió el camino a “la fama”. En la primavera de 1941 se alistó voluntario en el ejército, pero fue rechazado por su escasa salud, principalmente por sus problemas de columna. Sin embargo, en septiembre de ese mismo año la Armada le aceptó (eso sí, a instancias de la influencia ejercida por el director de la Oficina de Inteligencia Naval, un antiguo ayudante de su padre en su etapa como embajador en Gran Bretaña). Con el rango de alférez, trabajó en las oficinas antes de ser destinado a Panamá y finalmente a las operaciones del Pacífico, donde participó en varias misiones y fue ascendido a teniente, comandando una “patrulla torpedera” (*PT-109 boat*), destinada a atacar por sorpresa grandes buques. El 2 de agosto de 1943, la lancha de J.F.K., fue abordada por el destructor japonés *Amagiri* mientras participaba en una misión nocturna en las Islas Salomón. John cayó de la lancha, lesionándose la columna; sin embargo, ayudó a sus otros 10 compañeros sobrevivientes a llegar a una isla donde fueron rescatados. El joven cargó heroicamente con uno de ellos que estaba muy malherido, recibiendo por esta acción, la Medalla de la Marina y del Cuerpo de Marines (una más de las condecoraciones que ganó por sus acciones en la Segunda Guerra Mundial, antes de ser dado honorablemente de baja a principios de 1945, unos pocos meses antes de la rendición japonesa). Sus hazañas fueron rentablemente popularizadas durante su campaña electoral y cuando se convirtió en Presidente, siendo el tema de artículos de revistas, libros, programas especiales de televisión e incluso películas (no olvidemos que su padre tenía amplia mano en Hollywood).

No obstante, el primer paso en firme lo dio en 1946, cuando el Representante de los Estados Unidos, James M. Curley, dejó su cargo vacante en un distrito predominantemente demócrata para aspirar a Alcalde de Boston; en este momento, J.F. Kennedy se postuló en su lugar, obteniendo la victoria por una amplia mayoría ante su oponente republicano. Entró en el Congreso y se mantuvo durante seis años (a pesar de que sus votos divergían con frecuencia de la posición del Presidente Harry S. Truman y de la del resto del Partido Demócrata). En 1952 se presentó al cargo de Senador, venciendo al candidato republicano Henry Cabot Lodge, Jr.; todo ello, sin lugar a dudas, con el apoyo y los contubernios del patriarca “Joe”, entre cuyas maniobras o, lo que es lo mismo, boyantes “negocios”, cabe destacar el “ajuste” de su matrimonio. J.F.K. se casó, el 12 de septiembre de 1953, con la joven fotógrafa del *Washington Times Herald*, Jacqueline Lee Bouvier, una “perfecta” esposa para el “perfecto” candidato a Presidente de los Estados Unidos... ¿o no tan perfectos? Pues, por un lado, la salud del candidato no se correspondía con su vitalidad política y el patriarca tuvo que ocultar la historia médica del aspirante, jalónada por una enfermedad congénita de la columna vertebral, por la enfermedad de Addison, y por un asma alérgica; es decir, tuvo que (con el “apoyo” del cuarto poder) presentar ante la opinión pública como icono de la juventud y la vitalidad americana a un enfermo crónico, aquejado la mitad de su vida y aliviado perpetuamente con corticoides (cuando llegó a presidente tomaba 10 medicinas diarias dis-

tintas). Y eso por no hablar de su licenciosa vida sexual (Judith Campbell, “novia” del capo Sam Giancana, la actriz Angie Dickinson, las azafatas del avión presidencial, secretarias,... hasta Marilyn Monroe). Por otro lado, estaba Jacqueline Bouvier, una joven de la alta sociedad neoyorkina (hija de un corredor de Bolsa de ascendencia francesa y de la hija de un presidente de banco, Janet Norton Lee, madre de la novia, que era muy partidaria de que su primogénita se casase con algún joven político de futuro prometedor), culta, cuya vanidad no era una cualidad, a priori, muy adecuada para convertirse en el paradigma de primera dama; pero, tan inteligente (atributo especialmente apreciado por su suegro) como para cautivar al propio general De Gaulle (consiguió que su Ministro de Cultura, André Malraux, le permitiera llevarse temporalmente la Mona Lisa a EE.UU.), como para soportar estoicamente las infidelidades de un matrimonio de conveniencia y como para convertirse en una “viuda coraje” que rechazó cambiar su traje salpicado de la sangre del presidente tras el atentado de Dallas, aduciendo: “No quiero. Que vean lo que me han hecho y lo que han hecho al país”... Aunque, al final, la decisión de casarse con Onassis (algo que en una ocasión, Malraux, me contó que había vaticinado De Gaulle en cuanto la conoció) la obligase a renunciar a la parte que le correspondía en el legado de los Kennedy.

Volviendo a la carrera por la presidencia de J.F.K., durante los dos años siguientes a su matrimonio, se sometió a varias operaciones, “en secreto”, por sus problemas de columna, tiempo que aprovechó para escribir (o, según la prensa crítica, para que le escribiera) *Profiles in Courage*, un libro que fue premiado (a pesar de tener mucho *profile* y poco *courage*) con el premio Pulitzer a la mejor colección de biografías y, a la vez, engrosó la fama del aspirante. En 1956, el candidato presidencial Adlai Stevenson dejó en manos de la Convención del Partido Demócrata la nominación de un candidato para la elección de vicepresidente de los EE.UU. En este ocasión, Kennedy quedó segundo en las votaciones; sin embargo a raíz de esto adquirió notoriedad nacional. En su cargo de senador, John F. Kennedy, votó, estratégicamente, la aprobación de la Ley de Derechos Civiles (1957) que protegía algunos facultades de las minorías como el de voto de los negros en los estados sureños. Esto le granjeó la simpatía de los segregacionistas radicales, que le brindaron su apoyo incondicional en la campaña presidencial (y ello, aunque previamente había votado a favor de una enmienda que limitaba la capacidad de los tribunales para perseguir los incumplimientos de ciertos derechos civiles de las minorías). El 2 de enero de 1960, el senador Kennedy manifestó su intención de concurrir a las elecciones presidenciales de ese mismo año confiando en el gran atractivo popular que había ganado con los años y el 13 de julio consiguió ser elegido candidato presidencial del Partido Demócrata (el segundo católico que lo lograba después de Al Smith en 1928, apoyado, precisamente por Joseph Kennedy Sr.). Kennedy se preparó a fondo para ganar unas elecciones presidenciales que se pronosticaban como las más reñidas desde 1916, con temas tan candentes como el temor del electorado al catolicismo que profesaba su familia, Cuba, el retraso en la carrera espacial, los

programas de misiles... Entre septiembre y octubre se realizaron tres encuentros televisados entre Kennedy y el otro pretendiente, el republicano Richard Nixon, en ese momento Vicepresidente de los Estados Unidos. Después de los debates, la campaña de Kennedy ganó impulso, logrando sobrepasar por algunos puntos a Nixon en la mayoría de las encuestas, presagio de la ajustada victoria del martes 8 de noviembre (el margen fue de 118.574 votos populares, de 69 millones escrutados) que según se comentó, su padre había maniobrado al “comprar” unos miles de votos muy discutidos en Chicago. De todos modos, J.F. Kennedy, con 43 años de edad, se convirtió en la persona más joven elegida como Presidente de Estados Unidos, el primer católico en ocupar la Casa Blanca y en el garante material de la quimera del patriarca, Joseph P. Senior.

No obstante, el sueño se convirtió en pesadilla y el 22 de noviembre de 1963, a las 12:30 p.m., el Presidente Kennedy fue mortalmente herido por unos disparos en Dallas, mientras realizaba una visita al estado de Texas. De nuevo, la antorcha política de los Kennedy debía ser recogida por otro de los miembros de la familia; ahora le tocaba a Robert Kennedy, el séptimo hijo de Joseph P. Kennedy y Rose Fitzgerald, que ya había seguido la estela de sus hermanos mayores, Joseph Patrick Jr. y John F. al alistarse, con 18 años, en la Armada de los Estados Unidos y participar en la Segunda Guerra Mundial.

Su carrera había comenzado en la sombra, asesorando a su hermano John durante su campaña al Senado en 1952. Más tarde, el ya presidente Kennedy le había designado Fiscal General de los Estados Unidos, sin dejar de contar con él como asesor. Tras el asesinato de J.F.K., en 1963, Robert continuó ejerciendo de Fiscal General, mientras que sus relaciones con el nuevo presidente Lyndon Johnson tomaban un rumbo particularmente frío. A pesar de todo, “Bobby” había calculado (o, mejor dicho, su padre lo había hecho por él) que podía obtener la vicepresidencia del gobierno y empezó a acariciar la idea de heredar el patrimonio político de JFK. Por ello, después de que Johnson le confirmara que no contaba con él para el cargo que anhelaba, inició una agresiva campaña para conseguir un asiento en el Senado como representante por Nueva York, siendo elegido en noviembre de 1964. Robert Kennedy puso en marcha una maquinaria electoral muy similar en cuanto a ferocidad y eficacia a la que puso en marcha cuando se presentaba su hermano.

En un principio, Bobby negó las especulaciones que afirmaban que iba a intentar ser el candidato demócrata a las elecciones a la presidencia de 1968. No obstante, ganó las primarias en Indiana y Nebraska y el 4 de junio de 1968 en Dakota del Sur y California. He aquí la prueba del 9 para cualquier candidato: tener a California en el saco. El 5 de junio de 1968, el senador Bobby Kennedy, dio un discurso de agradecimiento a sus electores en el Hotel Ambassador de Los Ángeles en el que pronunció la que después supimos que sería su última frase: “Hemos

ganado en California y vayámonos todos la semana próxima a Chicago para rematar la faena”. Tras el acto, mientras se dirigía por un pasillo hacia las cocinas del hotel, un hombre de 22 años con ascendentes palestinos (contrario al apoyo político a Israel de Robert) apareció disparando con un revólver del calibre 22 contra las personas que llenaban el pasillo. El tiroteo se saldó con varios heridos, entre ellos el senador al que apuntó a quemarropa y, a resultas, falleció a primera hora de la mañana del día 6 de junio de 1968, a los 42 años. La familia Kennedy, había vuelto a quedar cercenada y Edward Kennedy (Ted), “obligado” por el asesinato de sus dos hermanos, se vio de pronto en el ojo del huracán, en primera fila del panorama político estadounidense, no sin esparcir antes una gruesa cortina de humo sobre su turbulento pasado.

Los Kennedy fueron educados para competir y ganar; pero tras la derrota sin gloria de Ted en su intento de convertirse en presidente peleando contra Jimmy Carter, tuvieron que conformarse “con llegar”... Lo que aún no he llegado a descifrar es si el dinero abre las puertas de la Casa Blanca (quizá por eso, Estados Unidos tuvo un Kennedy Presidente,... incluso, pudieron llegar a ser dos) o, simplemente, es uno de los medios que puede allanar el camino... y, por eso, hubo un Kennedy en el Senado durante 50 años.